
Intereses galos, diplomacia y visión francesa de México durante el porfiriato y la revolución

Roberto Hernández Elizondo*

*En Memoria de François-Xavier Guerra,
distinguido historiador francés.*

El presente trabajo se ha desarrollado fundamentalmente sobre datos localizados en los grandes archivos históricos de la capital de Francia. El tratamiento de una gran masa documental, formada por cientos de cartas e informes oficiales de diplomáticos y empresarios franceses que viajaron o residieron en México durante el porfiriato y la revolución de 1910 -1920, permitió conocer la percepción francesa de los grandes problemas de este país. Los documentos, escritos en francés, describen a una nación que habiendo encontrado la ruta del progreso, la pierde a causa de una revolución sin sentido y sin futuro. Las preocupaciones francesas por México y sus cambios históricos tienen como fondo el desarrollo y salvaguarda de los intereses económicos y políticos de Francia en esta parte del mundo. Los galos consideran que los aspectos buenos de México son los que están en armonía con el proyecto expansionista francés, y los malos, los que afectan o se oponen a su desarrollo. Desde este enfoque, el porfiriato fue casi el paraíso porque disponiendo de orden y una paz social casi perfecta, alentó el libre desarrollo de sus planes imperialistas en México. En cambio, la re-

volución mexicana simbolizó el desastre y el compendio de todos los males del país. Sin embargo, la dialéctica de este proceso deparó a los franceses una paradoja: la temida revolución produjo al final resultados favorables y los liberó de las viejas ataduras sentimentales y hereditarias que mantenían con el otrora venerado Ancien Régime.

La imagen de la modernidad y el progreso

Los grandes cambios modernizadores que experimentó México durante el último cuarto del siglo XIX y la primera década del XX, modificaron en el exterior la tradicional imagen de este país, difundida en los relatos de viajeros y científicos europeos que lo mostraba como un territorio enigmático, exótico, peligroso, inestable y frecuentemente en guerra, aunque rico en recursos naturales.¹ La nueva representación exaltaba también estas riquezas, pero asociaba su explotación con el trabajo capitalista y con los atributos y virtudes del gobierno encabezado por Porfirio Díaz. A este último le reconocía haber logrado la completa pacificación del país, instaurar un sólido orden político y brindar amplias facilidades a la inversión extranjera. En esta caracterización, la figura del caudillo ocupó un papel central. Porfirio era el garante del orden, el progreso y la legalidad en el país, y el mejor aliado de los inversionistas extranjeros.

* Universidad Autónoma de Tamaulipas.

En el primer gobierno porfirista, los dirigentes consideraron que era necesario cambiar la imagen de México en el exterior con el fin de restablecer o diversificar las relaciones internacionales del país, muy deterioradas desde la caída de Maximiliano. Con tal propósito promovieron una intensa campaña entre la opinión pública, los gobiernos y los centros financieros de Estados Unidos y Europa. La promoción consistió en diversas actividades que iban desde el proselitismo entre inversionistas extranjeros, hasta la propaganda sobre las fabulosas riquezas del territorio y la garantía de condiciones ideales de orden y estabilidad.²

La propaganda porfirista empleó los servicios de extranjeros radicados en México. El personaje más destacado fue el barón Gustave Gostkowsky, antiguo soldado en la Legión de Maximiliano y redactor en jefe de los periódicos *Le Trait d'Union*, y *L'Opinion Nationale*, publicados en México. En 1879, el gobierno envió a Gostkowsky a Francia para estudiar la manera de atraer colonos y capitales franceses.³ El barón, luego de relacionarse con periodistas de París, logró convencer a los directivos de la Banque Franco-Egyptienne (convertida más tarde en la Banque International de París) para crear en México una Banca del Estado, dotada del monopolio en la emisión de billetes. Rápidamente interesado, el banco parisino ordenó a Edouard Noeltzin y a Jacques Kulp viajar a México a estudiar este proyecto. En 1881, después de múltiples gestiones y estudios, incluyendo el soborno a los delegados del gobierno mexicano, Noeltzin y Kulp participaron en la creación del Banco Nacional Mexicano, el más grande del país.⁴ En los años siguientes, Gostkowsky continuó difundiendo en Francia propaganda en favor de México y publicó tres libros que exaltan las virtudes de este país.⁵ Por su parte, Auguste Génin y Louis de Balestrier, dos periodistas franceses radicados en México, escribieron también libros dedicados a tal propósito.⁶

La promoción en el extranjero obtuvo pronto buenos resultados. Gran Bretaña, Portugal, Francia, Suiza, Suecia y Noruega establecieron (o restablecieron, según el caso) relaciones diplomáticas y económicas con nuestro país. Los vínculos oficiales con Francia, interrumpidos desde la

caída del imperio de Maximiliano, se restablecieron en el año 1880. Más tarde, en 1886, el gobierno de este país firmó con el de México un Tratado para la Navegación y el Comercio.

La propaganda mexicana en el extranjero logró pronto atraer el interés y capital de grandes corporaciones francesas, como la Banque Franco-Egyptienne; George Grilhé, Banque de l'Union Parissienne, Societé Financière pour l'industrie au Mexique; y también, de ahorradores independientes. Las corporaciones francesas establecieron en México nuevos bancos, se asociaron con instituciones mexicanas o incursionaron en la minería, industrias diversas, ferrocarriles y tierras. Distinguidos financieros, como Francisco J. Fournier, Henri Mirabeau y George Grilhé, exploraron el territorio mexicano con el fin de evaluar sus potencialidades y promover proyectos empresariales. Rotschild, un célebre magnate, visitó personalmente el territorio y elaboró detallados estudios sobre aspectos de la vida económica y social de México.⁷

El estado mexicano otorgó a los inversionistas franceses atractivas concesiones en la industria, los ferrocarriles y la agricultura, grandes extensiones de tierras a bajo precio así como facilidades para las operaciones financieras. Por ejemplo, el Banco Nacional Mexicano, creado con capital mayoritariamente galo, recibió privilegios especiales, como la libertad de emitir billetes hasta por el triple de su capital, la denominación "nacional", y la dispensa de pago de contribuciones durante treinta años.⁸ La compañía minera Dos Estrellas recibió en concesión todas las minas del Distrito de Santa Águeda (Baja California), la exención de los derechos de importación de todas las máquinas, y todos los derechos de exportación del cobre durante cincuenta años.⁹

Las inmensas riquezas y su explotación capitalista despertaron también el interés de pequeños ahorradores, quienes influidos por una intensa propaganda y animados por un mero acto de fe y respeto a México, depositaron aquí sus ahorros sin preocuparse siquiera por conocer de cerca la situación real de las empresas emisoras. Según un documento bancario, las acciones de los bancos mexicanos en Francia

...casi no se encontraban en el portafolio de los grandes Bancos Europeos. Ellas han sido repartidas en miles de manos; han penetrado a las masas, a las capas profundas del gran público. No hay casi pequeño rentero, pequeño funcionario, comerciante, industrial que hasta el fin de nuestras provincias y nuestros campos, no posea una o varias acciones de la Banca Nacional o del Banco de Londres. La confianza del pueblo francés en la palabra del Gobierno mexicano, en la buena fe del Gobierno mexicano, y en la sagaz administración de sus bancos era tal que sus títulos eran considerados como valores de primer orden y los notarios más escrupulosos no vacilaban en recomendarlas a las mujeres con dote, a las viudas, a los mineros.¹⁰

El capital francés que ingresó a México colocó alrededor de 70 por ciento de su haber en los ámbitos financieros; y el resto en varias industrias (minería, manufacturas textiles, tabacalera, papel, etcétera), bienes raíces, agricultura y ferrocarriles. Una fuente diplomática calcula una inversión francesa total de 1,953.7 millones de francos franceses en el año 1910, monto de las acciones cotizadas en París.¹¹ Esta cantidad se distingue de la inversión que se encontraba en manos de los franceses residentes en México (no cotizada en París ni en ninguna otra parte), que ascendía a 490,400 millones de francos.¹² En 1911, las inversiones francesas ocuparon el tercer sitio en el cuadro de las inversiones extranjeras en México, después de las estadounidenses y británicas.¹³

El porfiriato hizo realidad un viejo sueño edénico que percibía a México como el mejor sitio del planeta para las oportunidades económicas. Su política económica proporcionó las condiciones necesarias para que enormes riquezas mineras y agrícolas fueran explotadas de manera sistemática y rentable. El banquero Grilhé, en un documento redactado en 1910, manifiesta con euforia que:

México es *el país de la plata* porque provee 35 por ciento de la producción del mundo

entero, pero ha comenzado a convertirse también en el *país del oro*, porque la extracción se ha elevado en 25 años, de 1000 kilogramos por año hasta 30,000 kilogramos por año [...]. Los hechos oficiales que ninguna persona puede negar demuestran que las riquezas y tesoros más grandes, las fortunas más grandiosas y las más rápidamente conquistadas están en México, y para los accionistas de las minas mexicanas, en el ámbito de la realidad más extraordinaria.¹⁴

Los capitalistas extranjeros que recibieron apoyo generoso del gobierno mexicano retribuyeron el favor exaltando las virtudes del régimen. El gobierno de Porfirio Díaz fue admirado y defendido con pasión porque representó lo más cercano a los ideales europeos de seguridad, orden y progreso. De manera especial, las figuras de Porfirio, presidente de México, y de José Ives Limantour, ministro de Hacienda (de origen francés), fueron muy respetadas. Algunas empresas de capital francés, como el Banco Nacional Mexicano, reconocieron explícitamente el valioso apoyo brindado por el gobierno a sus actividades.¹⁵

Sin embargo, como veremos, esta entrañable alianza entre el capital y el gobierno encubrió irregularidades y contradicciones en el medio empresarial. El "paraíso" de las inversiones fue también de manera encubierta un medio propicio para la especulación y el fraude en perjuicio de numerosos inversionistas del extranjero.

Los problemas del capital francés

Las facilidades y concesiones generosas que recibió el capital francés en México no fueron suficientes para garantizar el crecimiento y la prosperidad de todas las inversiones de ese origen, ni de las actividades económicas de los galos residentes en México. Por ejemplo, las grandes casas "de novedades" enfrentaron a menudo severos problemas de sobrealmacenaje y endeudamiento;¹⁶ y algunas empresas bancarias e industriales de capital francés conocieron problemas de

liquidez y mala administración.¹⁷ Sin embargo, estas últimas pudieron vender a buen precio sus acciones en París, aunque sin informar a los compradores el estado real de los negocios. En opinión de Victor Ayguesparse, encargado de negocios de la república francesa en México, los problemas administrativos de las empresas fueron ocasionados por el pésimo desempeño realizado por personalidades mexicanas que participaron en sus consejos directivos. En su opinión, los dirigentes incurrieron en excesiva confianza, falta de habilidad o en un mal manejo de los negocios. Para compensar sus déficits, a menudo abultaron los precios de sus acciones o dejaron de pagar dividendos en perjuicio de inversionistas galos. La misma fuente deja al descubierto las contradicciones del sistema que facilitaron el fraude y llevaron al borde de la ruina a muchos ahorradores.

La situación irregular de dos empresas de capital francés corrobora lo dicho por Ayguesparse: el Banco Central Mexicano y la Compañía de Ferrocarril del Centro Mexicano presentaron a fines del porfiriato serios problemas administrativos y financieros. La primera enfrentaba desde 1908 una grave crisis de liquidez que le impidió continuar con el canje de billetes de los bancos regionales, su principal actividad.¹⁸ Sin embargo, en ningún momento suspendió sus operaciones en la Bolsa de París, gracias a la intensa propaganda y al "prestigio" de que gozaban en el exterior todos los títulos mexicanos. Refiriéndose a esta empresa, Ayguesparse agrega: "...los dividendos distribuidos entre los accionistas eran dividendos ficticios y, sin embargo, la acción estaba cotizada en la Bolsa en París entre 3 a 400 francos, y se presentaba este valor como uno de los más seguros de México".¹⁹

Hasta 1910, la compañía había vendido 180,000 acciones por un total de 88,740,000 francos, equivalentes a 493 francos cada una.²⁰ En 1912, sus acciones en París se vendieron bien, pero ligeramente a la baja: de 435 a 372 francos.²¹ La intensificación de la guerra civil logró finalmente desplomar sus títulos, cotizándose a fines de 1913 en 83 francos cada uno.²²

La Compañía del Ferrocarril Mexicano del Centro, fundada en 1910 con un capital social de

3 millones de pesos, emitió en la capital francesa 27,000 obligaciones y luego 12,000 (en total, 39,000 obligaciones).²³ La emisión quedó a cargo de la Banca Franco-Española, propiedad de un financiero de nombre Rochette, quien se encargó de colocar los títulos entre numerosos ahorradores de Francia y España. Los 25 millones de francos reunidos con las aportaciones, transferidos luego a México, se utilizaron aparentemente en actividades ajenas a la compañía ferroviaria. Una fuente diplomática comunicó a sus superiores el difundido rumor de que el dinero de la empresa había contribuido al sostén de la revolución que derrocó a Porfirio Díaz.²⁴ La fuente insinúa que los propietarios de la compañía: Gustavo y Francisco Madero, ministro de Hacienda y presidente de la República, respectivamente, acordaron con Rochette el desvío de los fondos. A fines de 1912, tras ser acusado de cometer un fraude en su país de origen, el financiero galo se fugó al extranjero. Según notas de la prensa francesa, se dirigió a México para reclamar al presidente Madero el reembolso inmediato o en especie de las cantidades entregadas.²⁵ El escándalo fue mayúsculo y culminó más tarde en la captura y encarcelamiento del banquero francés. El gobierno mexicano negó tener arreglos con éste y haber desviado los fondos.²⁶ Sobre el presunto desvío nada sabemos con certeza. Sin embargo, hasta fines de 1912, la empresa ferroviaria no había aún desembolsado ninguna inversión, ni pagado rendimientos a los tenedores franceses, ni liberado los títulos definitivos.²⁷

Las presuntas acciones fraudulentas no fueron del conocimiento público en el extranjero ni motivo de sospecha mientras duró el porfiriato. El aparato propagandista del régimen y de las propias compañías, y la imagen "respetable" ganada en el exterior, no dejaban lugar a dudas ni suspicacias. No hay manera de saber si los franceses residentes en México conocieron oportunamente estas contradicciones, pero en tal caso no les dieron suficiente importancia o no quisieron exponerlas a la luz pública. A fin de cuentas, las dificultades del capital perjudicaban únicamente al pequeño ahorrador, no al gran capital francés. Sólo la revolución mexicana sacará a la superficie estas contradicciones.

La revolución mexicana: el impacto económico de la guerra

Con sólo iniciar, la revolución mexicana borró por completo la conocida imagen edénica de México. La perturbación de la paz social y el orden público bastaron para que el “paraíso de las inversiones” se esfumara de las mentes y los sueños de muchos negociantes del mundo. El estallido fue seguramente un balde de agua fría para quienes habían apostado sus fortunas y expectativas en el futuro de México.

Desde el comienzo, los colonos franceses mostraron una gran preocupación por los daños que la guerra podía ocasionar a sus negocios. Sin embargo, en las primeras etapas del conflicto, los problemas políticos y sociales del país alteraron muy poco la marcha de sus actividades económicas. Sus problemas, empero, comenzaron cuando la contienda se intensificó y afectó la vida normal del país. La guerra de alta intensidad desarrollada entre los años 1913 y 1915 produjo daños severos, directos o indirectos, a una buena parte del comercio, la agricultura y la industria del país. Las casas de comercio conocieron en este lapso una severa crisis;²⁸ el intercambio galo-mexicano alcanzó en 1915 el punto más bajo de su historia reciente;²⁹ numerosas minas fueron clausuradas y Afinadora de Metales y Dos Estrellas, suspendieron sus actividades productivas. Los bonos de Dos Estrellas, cotizados en 828 francos en 1910, se vendieron en 222 francos en 1914; y los de El Boleo descendieron de 788 a 725 francos en el mismo lapso.³⁰ Los valores totales mexicanos cotizados en la Bolsa de París, estimados en cerca de 2 mil millones de francos en el año 1910, se encontraban muy depreciados en abril de 1914, representando en esta fecha sólo 1,025, 271,050 francos; esta cifra significa 46 por ciento de pérdida.³¹

Durante la guerra civil, numerosos establecimientos sufrieron pérdidas, descensos o confiscaciones, pero al final algunos sobrevivieron. Para mantenerse a flote, las principales empresas establecieron algunas estrategias. Por ejemplo, El Boleo arrendó dos navíos con bandera estadounidense para evitar que sus buques sufrieran saqueos;³² el Banco Nacional Mexicano

implantó medidas contables que aminoraron sus pérdidas,³³ y los comerciantes se despojaron del caudal mercantil acumulado años atrás y cubrieron sus deudas. Para compensar las devaluaciones del peso y el uso del papel moneda, éstos aumentaron los precios de sus mercancías y compraron la mayor cantidad posible de bienes inmuebles y metal oro (este último, en forma de “hidalgos”, piezas de 10 “piastres” en oro).³⁴ La compra de inmuebles y metales preciosos representó una inversión segura que permitió no sólo compensar las pérdidas que ocasionó la revolución, sino también estimular el progresivo crecimiento de bienes y fortunas.

Revolución y contrarrevolución

Desde el arranque del conflicto, la diplomacia francesa mantuvo un abierto rechazo a la revolución mexicana. Para estos representantes, el movimiento insurgente era un flagelo social, una lucha sorda por el poder y la ambición alentada por líderes venales y abusivos, y aprovechada por Estados Unidos para consolidar sus posiciones expansionistas. Durante la rebelión encabezada por Francisco I. Madero, los diplomáticos transitaban del desprecio al temor y luego a la resignación ante los acontecimientos violentos del país, que culminaron con la renuncia de Porfirio Díaz. Con evidente desconfianza, el *Quai d'Orsey* aceptó al nuevo mandatario. Sin embargo, no tardó en criticarlo con dureza. En efecto, Paul Lafaire, ministro de Asuntos Extranjeros de Francia, manifestó en varias ocasiones sus temores, críticas y desconfianza hacia el nuevo gobierno.³⁵

En febrero de 1913, el primer gobierno revolucionario fue derrocado por una facción militar dirigida por el general Victoriano Huerta. Los colonos franceses y sus representantes diplomáticos manifestaron de inmediato sus simpatías por la insurrección y por sus resultados. La figura de Victoriano Huerta fue pronto reconocida por sus virtudes excelsas. Se le reputó como un hombre enérgico, disciplinado y lúcido para dirigir los destinos del país. El apoyo a su gobierno incluyó pronto el reconocimiento oficial del gobierno galo y los préstamos financieros.

A través de sus representantes, la colonia francesa de México apoyó en todo momento al gobierno de Huerta y rechazó con firmeza a sus enemigos y críticos, incluyendo a Estados Unidos, país que negó el reconocimiento oficial a la nueva administración. En especial, los franceses repudiaron a las fuerzas revolucionarias que se levantaron contra Huerta. Los combates entre gobiernistas e insurgentes fueron interpretados como una lucha entre el bien y el mal, un enfrentamiento entre los grupos sociales empeñados en restablecer el orden y la paz (las fuerzas del gobierno) y las tendencias oscuras que sólo ambicionaban el poder y el dinero (las bandas revolucionarias). De acuerdo con este razonamiento, si las fuerzas revolucionarias llegaban a triunfar, nada quedaría a salvo, todo se perdería: capitales, ganancias acumuladas, propiedades, almacenes, comercio, concesiones, privilegios especiales, y quizás hasta la vida. Por ello, la posición contrarrevolucionaria era la única salida aceptable, la garantía para conservarlo todo.

La guerra y los males de México se atribuyeron a los jefes revolucionarios. Desde la perspectiva francesa, estos personajes no tenían proyectos sociales ni ética y sólo buscaban enriquecerse mediante abusos interminables. Desde este enfoque, todos los líderes revolucionarios fueron rechazados. Sin embargo, a fuerza de un cierto pragmatismo impuesto por las circunstancias, los galos terminaron por distinguir entre los caudillos de extracción pequeño-burguesa y tinte civilista, y los de origen campesino. Los primeros fueron eventualmente aceptados y considerados en toda suerte de negociaciones, a condición de que sus diferencias se limitaran a los ámbitos políticos, estratégicos o económicos y no se identificaran con las aspiraciones de los desposeídos. En cambio, los líderes campesinos fueron rechazados. Villa y Zapata fueron siempre tachados como vulgares ladrones y criminales. En el fondo, los franceses mantenían un profundo temor y desprecio por los individuos que mantenían una visión, cultura y comportamiento incompatible con los intereses franceses. Los líderes campesinos representaban el mundo arcaico e incivilizado, incomprensible en sus valores y representaciones para los abanderados del "progreso". No

ofrecían, por lo tanto, ninguna garantía a la economía liberal ni se identificaban con las ideas de "civilización" y "nación". Por ende, no podían garantizar la pervivencia de los intereses galos en esta parte del Mundo.

Sin embargo, el avance progresivo de los revolucionarios y la inminente derrota de Huerta provocaron en los franceses un profundo desaliento y temor. Cuando el gobierno usurpador empezó a mostrar debilidad e impotencia frente a las fuerzas insurgentes y su caída era inminente, los franceses le retiraron su apoyo y sus simpatías. Esta posición desleal y oportunista se fundamentó en varios hechos y circunstancias: la persistente actitud estadounidense de no reconocer al gobierno de Huerta, las constantes denuncias contra este gobierno por parte de los constitucionalistas en foros europeos; el tardío desconocimiento oficial del gobierno británico al mexicano, y lo más importante: la incapacidad del gobierno de Victoriano Huerta para derrotar a la insurgencia. Muy pronto, los galos vituperaron la figura del líder y se deslindaron de todo nexo con el gobierno en desgracia. Sin embargo, en el fondo, la caída del usurpador les dejó un profundo vacío ideológico y político y una gran incertidumbre por el futuro.

La caída del gobierno de Huerta, el triunfo revolucionario, el cónclave de Aguascalientes (que reunió a las principales fuerzas insurrectas), y las discrepancias ulteriores e incluso enfrentamientos entre las facciones revolucionarias, formaron en conjunto un nuevo ambiente sociopolítico que resultó incomprensible para los galos. Desde su perspectiva, la nueva etapa del conflicto era ininteligible y anárquica, y sobre todo más violenta que la precedente. Una carta escrita a principios de 1915 por el banquero galo Joseph Simon, director del Banco Nacional Mexicano, a un funcionario francés, revela el estado anímico deplorable de su autor, que bien podría representar el sentir de los grupos extranjeros residentes en el país. La misiva narra con detalle el caos económico, administrativo, judicial y político y la inseguridad que experimentó la ciudad de México tras dos ocupaciones revolucionarias, una encabezada por Villa, otra por Obregón:

[...] todo el comercio está cerrado, y los almacenes de los extranjeros (sea el 95 por ciento del comercio de la ciudad) [...]; los tramways no circulan y los aparatos de motores han sido enviados a Veracruz: no hay más automóviles. La ciudad está desierta, salvo las bandas armadas que roban y asesinan.

Agregaré que luego de la ausencia de comunicaciones y de pillaje sistemático, *morimos de hambre* [subrayado mío] en la ciudad de México: desde hace dos meses que mi familia no ha comido pan; solamente galletas, especie de bizcocho; desde hace 6 semanas no hay agua, salvo la que se va a buscar a los pozos artesanos de la ciudad (la más próxima a mí está a 400 metros, las epidemias de viruela y la tifoidea hacen progresos rápidos; es imposible pasearse donde sea; el bosque de Chapultepec es cita para cazadores indios que tiran a los canarios y pájaros con sus máusers.³⁶

Para la colonia francesa (y para otros grupos extranjeros), la situación socio-política y económica de México se presentaba ahora sumamente caótica y peligrosa. Amenazada por la anarquía, el despojo y el miedo a la muerte, sin alternativa política alguna, acosados por un iracundo ejército de campesinos “bárbaros e incivilizados”, y también, desde otro lado, por otro ejército no menos poderoso e intransigente, violento y de fuerte contenido popular; la comunidad gala no alcanzaba a ver en el horizonte ninguna luz de salvación. Para los franceses residentes en México el mañana no existe, el estado está destruido, la economía arruinada, sus vidas y patrimonios amenazados o confiscados.

El fin de la pesadilla

Tras el importante triunfo militar de Carranza sobre las huestes de Villa y Zapata, acaecido a fines de 1915, los galos empezaron a recuperar el optimismo. Complacidos con la derrota de los ejércitos campesinos, sus principales enemigos históricos intentaron en seguida comprender el perfil de la corriente triunfante. Por su índole revolucionaria, el movimiento social de Carranza

mereció el repudio. Sin embargo, la figura del líder coahuilense nunca sufrió improperios o insultos, tal vez debido a su carisma y a su fama de político experimentado y hombre enérgico: “Es necesario desear que el señor Carranza, quien ciertamente es bien intencionado, pueda librarse lo más pronto posible del elemento militar ultra radical donde él parece ser hasta aquí el prisionero.”³⁷

Algunos empresarios terminaron por valorar el proyecto político del constitucionalismo. El banquero Simon, por ejemplo, reconoció en el movimiento social de Carranza algunos elementos positivos y un cierto programa político:

En los últimos cuatro o cinco meses la fracción carrancista ha hecho tales progresos en todo el país, que ella aparece hoy como la más fuerte, lo mismo como la única dotada de una cierta organización y la única susceptible de establecer en México al menos a título provisional y precario un embrión de Gobierno. Por otra parte, a pesar de lo arbitrario de las decisiones tomadas, los abusos de todas suertes, incesantemente cometidos, una política financiera incoherente, un radicalismo a ultranza y una gran ignorancia junto con una gran mala fé, ese partido es el único que ofrece a los extranjeros y a los nacionales un mínimo de garantías.³⁸

La llegada de Venustiano Carranza al poder central despertó en la élite francesa de México un sentimiento ambivalente. Sus representantes reconocieron que el líder coahuilense y su facción eran los únicos que promovían un proyecto político más o menos claro y enarbolaban banderas de corte liberal y civilista. Por otra, temieron su orientación nacionalista, “socialista” y autoritaria, en particular, los desplantes abusivos de su ala más radical. El constitucionalismo fue identificado como una corriente “socialista” (en alguna fuente se menciona “comunista”).³⁹ Para los representantes diplomáticos era más bien una tendencia multclasista, una nueva versión jacobina que se apoyaba en los sectores medios, aliados a las masas indigentes.

Los galos vieron con gusto y temor a la vez los vertiginosos cambios sociales y políticos impulsados por el nuevo gobierno. Venustiano Carranza restableció parcialmente la paz social e impuso un relativo orden en el país (persistiendo la guerra civil sólo en unas cuantas regiones). En seguida adoptó medidas económicas urgentes: unificó y recuperó el valor de la moneda mexicana, restableció su metalización, creó un banco central y asumió el monopolio de la emisión de billetes. Para adjudicarse mayores recursos estableció nuevas medidas aduanales y efectuó confiscaciones que no fueron del agrado de la vieja burguesía nacional y extranjera. Las discrepancias entre Carranza y el empresariado se hicieron cada vez más tensas, especialmente cuando su administración revisó todas las concesiones otorgadas en el pasado y amenazó con confiscar los fundos agrícolas de varias compañías mineras, argumentando que violaban una disposición emanada de la constitución de 1857. Los intereses franceses fueron muy agraviados por esta política: el gobierno expropió dos vapores de la compañía *El Boleo* y retuvo sus envíos de cobre al extranjero; emitió además varios decretos que modificaron drásticamente las condiciones de importación de los tejidos de algodón, vinos y licores, en perjuicio de importadores. Estas acciones despertaron inquietud entre los capitalistas franceses. Para algunos se trató de una "maniobra alemana", alentada por las supuestas tendencias progermanas del régimen; para otros, de una actitud deliberada contra los franceses, en desquite por su pasado contrarrevolucionario.

Luego de ponerse en vigor una nueva Constitución, las discrepancias entre el capital extranjero (francés incluido) y el gobierno de Carranza alcanzaron su nivel más alto. El instrumento legislativo resultó demasiado radical para una burguesía extranjera que no estaba dispuesta a ceder un centímetro en los ámbitos más privados de su particular dominio: la propiedad de los medios de producción y el control de la gestión laboral, cuestiones relevantes que fueron modificadas profundamente por el nuevo instrumento jurídico. Para E. Michot, representante de la compañía *El Boleo*, la nueva ley fundamental atentaba contra la libre empresa:

La nueva Constitución mexicana [...] se inspira en tendencias extremadamente avanzadas y pretende reglamentar todas las cuestiones entre patronos y obreros, aumentar los salarios, disminuir las horas de trabajo, establecer la participación de los beneficios, prohibir de manera absoluta todas las prácticas religiosas, etcétera [...] Estas son ideas subversivas, que re-expandidas con profusión por la Prensa del país, han desarrollado entre los obreros una mentalidad deplorable, la cual nosotros sufrimos a la hora actual [...] No hay duda que tal Constitución no puede ser puesta en vigor, y el Gobierno mismo parece comenzar a darse cuenta. Sin embargo, hay aún entre los altos dirigentes, algunos energúmenos, que pretenden fijar los salarios mínimos, y reglamentar todas las condiciones de trabajo.⁴⁰

Para resolver sus discrepancias con el gobierno, los franceses y otros grupos sociales optaron por la negociación. La oportunidad se presentó a fines de 1917 al celebrarse el Congreso Nacional de Industriales, evento organizado por Carranza para establecer en definitiva las directrices de su política económica. Este cónclave, que reunió a los representantes oficiales con los del empresariado industrial y comercial de México, se convirtió en arena para que las diferentes fuerzas buscaran ganar posiciones. Tras intensos debates y presiones, el gobierno mexicano terminó por ceder en cuestiones relevantes, como la no retroactividad del artículo 27 constitucional, que dejó intactas las propiedades petroleras y mineras registradas antes del 1o. de mayo de 1917, fecha en que entró en vigor la nueva Constitución. Este resultado favoreció a la causa francesa, pues dejó a salvo las grandes propiedades mineras de cobre y plata, bajo su control. Sin embargo, los empresarios no pudieron derogar las disposiciones legislativas en materia laboral, plasmadas en el nuevo instrumento, como el derecho a la huelga, el descanso semanal, el jornal limitado a 8 horas, etcétera, aunque la aplicación práctica de estas medidas en algunas regiones no sería inmediata.

El naciente sistema impuso nuevas reglas, algunas contrarias al espíritu capitalista, pero

no atentó contra la libre empresa. Las modificaciones no buscaban eliminar la propiedad privada, sólo reglamentarla. Además, el naciente estado reconoció los daños infringidos por la revolución al capital extranjero y buscó resarcirlos en el mediano o largo plazo. Sorprendentemente, los resultados obtenidos no fueron desalentadores para una burguesía extranjera que buscaba reactivar su viejo proyecto económico. Era cuestión de esperar un poco, adaptarse a las nuevas circunstancias y sacar provecho de las negociaciones con el gobierno. El cónclave ayudó a los empresarios a entender los propósitos reales, alcances y debilidades del régimen. La lucha política no les devolvió todos los privilegios de antaño, pero les creó nuevas expectativas y un horizonte nada desdeñable donde la burguesía industrial emergía unificada y en calidad de actor político fuerte. Los franceses y otros grupos extranjeros comprendieron que la progresiva institucionalización del estado terminaría por debilitar la efusividad e intransigencia de los radicales, dejando el camino libre a los “moderados”, entre los que se contaban el mismo Carranza y la “nueva burguesía” salida de las filas revolucionarias.

Una perspectiva optimista del futuro

Los franceses entendieron que estaban frente a una nueva era propicia para la inversión. Este optimismo estuvo alentado por los cambios favorables que se manifestaron en el interior y exterior del país: la recuperación progresiva de la paz interna en México, los rápidos avances de la reconstrucción nacional, el fin de la guerra en Europa y la rápida recuperación que experimentaron los negocios y el comercio. Las guerras en México y en el mundo habían terminado y dejaban resultados inesperados: una nueva prosperidad en el comercio y perspectivas de crecimiento en algunos sectores industriales. México se recuperaba a grandes pasos: en el año 1919, circulaban ya todos los trenes en el país, aunque a baja velocidad, la industria del petróleo se encontraba en plena prosperidad y la minería estaba en franca recuperación. La extracción de plata alcanzó en 1923 un nivel superior al de 1912.⁴¹

Las acciones del Banco de Londres y México se recuperaron lentamente en la Bolsa de París; y el Banco Nacional de México, aunque todavía enfrentaba problemas, buscó recuperar su antigua preponderancia en la nueva banca de emisión. Quedaba pendiente el asunto de los bonos no pagados a los tenedores de Francia y la compensación por las pérdidas sufridas durante la revolución, pero había optimismo sobre una pronta solución a estos problemas. En suma, los intereses monopolistas de Francia en este país estaban a salvo y tenían un futuro promisorio. Esta visión optimista de México se percibe en un documento del año 1919, redactado por Ayguesparse:

[...] estamos muy lejos de estar en presencia de un país arruinado, al contrario, yo quisiera hacer saber a mis compatriotas de Francia y no cesaré de repetir es que México es un país lleno de savia, recursos y porvenir [...] Un próximo día vendrá (yo no tengo ningún mérito de ser profeta porque todo eso lo he constatado) donde México será al mismo tiempo el más grande productor de petróleo y el más grande productor de metales preciosos del mundo, un país que podrá exportar algodón, trigo, azúcar, etcétera [...] En la hora actual, yo tengo la satisfacción de declarar a Su Excelencia, que la situación de las empresas que pertenecen a los franceses en México o son dirigidas por ellos, salen de la revolución en plena prosperidad, una prosperidad que ellas nunca habían conocido hasta aquí [...] Varias de nuestras casas de comercio han hecho hasta el 30 de junio beneficios netos de 1 a 2 millones de francos [...] Sus beneficios depasan [*sic*] luego de varios años diez veces esas pérdidas.⁴²

En opinión de este experto en negocios, la revolución ha liberado a los franceses de la injerencia de funcionarios gubernamentales en sus consejos de administración, culpables del fracaso de algunos establecimientos en la época de Díaz. En una inusual declaración, subestima los males causados por la revolución a los intereses franceses, al tiempo que destaca los problemas e injus-

ticias que enfrentaron sus compatriotas en la misma época.⁴³ Por último, hace también alusión a los abusos e irresponsabilidades que cometieron algunas personalidades del porfiriato, arriesgando el futuro del capital francés.

Estas declaraciones parecen sugerir que la pos-revolución, a pesar de los problemas que presenta, es más prometedora para los extranjeros que el ilusorio paraíso que ofreció el porfiriato. El nuevo sistema estaba al menos exento de las trabas que entorpecieron el libre desarrollo del capital en esa época. Estas consideraciones anticipan un futuro promisorio para México (y en especial, para los intereses franceses en este país). Compartiendo esta visión optimista de México, el cónsul H. Aymé-Martin se regocija y recomienda a su ministro de Comercio Exterior algunos productos mexicanos que Francia podría adquirir en la nueva coyuntura.⁴⁴ En suma, aunque había aún problemas pendientes por resolver, para los franceses el pasado porfirista estaba enterrado, la pesadilla de la revolución había terminado y el futuro era toda una promesa.

Consideraciones finales

Los representantes del capital y del gobierno francés residentes en México durante el porfiriato y la revolución percibieron a este país y sus cambios históricos desde su particular cultura y posición, perspectiva comprometida con el desarrollo y salvaguarda de los intereses económico-políticos de Francia en esta parte del mundo. Los franceses se identificaron con el autocrático porfirismo, se opusieron a los cambios revolucionarios, y al final intentaron adecuarse a la naciente posrevolución. Los galos reconocieron tardíamente que el *paraíso de las inversiones*, como denominaron al México porfirista, no era tan favorable

a los intereses de Francia como siempre supusieron y, en cambio, sorprendentemente, el *infierno revolucionario*, tan temido y despreciado, proporcionó resultados favorables inesperados.

El porfiriato ofreció a los franceses todas las prerrogativas imaginables, pero al precio de su fidelidad y complicidad más completa, trampa que obligó a pasar por alto los excesos de la cúpula en el poder y los perjuicios ocasionados a particulares. Las contradicciones de este régimen fueron casi imperceptibles para una élite extranjera residente en el país y ocupada fundamentalmente en amasar grandes fortunas. La revolución mexicana, en cambio, representó una clara amenaza para sus intereses imperialistas. El abierto rechazo a la revolución y a sus líderes provino del miedo a lo desconocido o inaceptable en los marcos de su plataforma cultural burguesa, tradicionalmente orgullosa de sus propósitos y valores de civilización. El mundo de las representaciones francesas sobre la Revolución, carente de claves para entender un mundo distinto al suyo, estuvo colmado de prejuicios y fobias, valores y antivalores e imágenes idealizadas y confrontadas con la del proceso revolucionario.

El fin de la guerra de alta intensidad dejó pasar una tenue luz. Poco a poco, la esperanza renació y, con ella, los viejos sueños expansionistas. Los colonos franceses y los representantes de los intereses financieros y diplomáticos se percataron que durante la guerra mexicana no habían perdido gran cosa y más bien habían ganado. A pesar de las dificultades y obstáculos que impuso el naciente sistema al libre desarrollo del capital, se dieron finalmente cuenta de que éste no era tan malo, ni representaba un serio peligro a la supervivencia de su proyecto imperial. El nuevo día era muy prometedor. México volvía a ser para los franceses un proyecto de conquista y una fuente inimaginable de riquezas por descubrir.

Notas

¹ Sobre los relatos de célebres viajeros ver el artículo de Chantal Cramaussel, "Imagen de México en los relatos franceses 1821-1862", en Javier Pérez Siller (coord.), *México-Francia. Memoria de una sensibilidad común, Siglos XIX-XX*, BUAP/El Colegio de San Luis/CEMCA, México, 1998. Un relato completo sobre viajeros fran-

ceses en México puede leerse en la obra de Hippolite Maison y Charles Debouchet, *La colonización francesa en el Coatzacoalcos*, UV (Colección Rescate), Xalapa, 1986.

² Paolo Reguzzi, "México próspero: las dimensiones de la imagen nacional en el porfiriato", *Historias*, México, abril-septiembre de 1988, p. 137.

³ Laurence Coudart, "Periódicos franceses de la ciudad de México: 1837-1911", en Javier Pérez Siller (coord.), *op. cit.*, p. 131.

⁴ Archivos Históricos de la Banque de Paris et des Pays Bas (en adelante, PARIBAS), ["Memoire", Banamex, 1996].

⁵ Laurence Coudart, *op. cit.*, p. 131.

⁶ *Ibid.*

⁷ José Alfredo Uribe Salas, "Empresas y empresarios en la minería michoacana de la segunda mitad del siglo XIX", en Dolores Ávila, Inés Herrera *et al.*, *Minería regional mexicana: Primera reunión de historiadores de la minería latinoamericana (IV)*, INAH (Colección Científica), México, p. 47.

⁸ Leonor Ludlow, "La construcción de un Banco: el Banco Nacional de México (1881-1884)", en Leonor Ludlow y Carlos Marichal (eds.), *Banca y poder en México (1800-1925)*, México, Enlace Grijalbo, 1986, pp. 309-310.

⁹ Nicolás d'Olwer, "Las inversiones extranjeras", en Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El porfiriato. Vida económica*, México, Hermes, 1965.

¹⁰ PARIBAS, Carton 92 a 95, Correspondencia Simon, "affaires mexicaines", marzo de 1915-junio de 1918.

¹¹ PARIBAS, "Dossier. Dette Mexicaine: 1913-1919", serie 427, "Tableau núm. 1, "Titres Cotés a Paris".

¹² *Ibid.*

¹³ Luis Nicolás D'Olwer, *op. cit.*, p. 1154, cuadro LXV.

¹⁴ PARIBAS, "Banque George Grilhé", documento oficial de la empresa, París, 1910.

¹⁵ PARIBAS, "Réponse a la question posé a la Banque de Paris par le Ministre des Finances", sin fecha.

¹⁶ Archivos Diplomáticos del Ministerio de Asuntos Extranjeros (en adelante, AD-MAE), documento Victor Ayguesparse, "Le Mexique revolutionnaire et les capitaux français, 1910 a 1920", Direction des Affaires Politiques et Commerciales, Subdirection d'Amérique, México, noviembre de 1919.

¹⁷ *Ibid.*, p. 8.

¹⁸ Hilda Sánchez Martínez, "El sistema monetario y financiero mexicano bajo una perspectiva histórica: el porfiriato", en José Manuel Quijano (coord.), *La banca: pasado y presente (problemas financieros mexicanos)*, México, Ensayos del CIDE, 1983, p. 83.

¹⁹ "Le Mexique revolutionnaire...", p. 8.

²⁰ PARIBAS, "Dossier. Dette Mexicaine: 1913- 1919", titres cotés a Paris".

²¹ *Boletín Financiero y Minero de México*, México, 9 de enero de 1912, p. 8 ("Estado de la plaza") y 2 de enero de 1914, p. 8 (artículo "1913").

²² *Ibid.*, 2 de enero de 1914.

²³ AHMEF, "Chemin de Fer Mexicain du Centre", documento oficial de la empresa, s/f.

²⁴ AD-MAE, "Mexique. Travaux Publiques. Mines", Correspondencia diplomática, 15 de octubre de 1912, Consulado de Francia en México a M. Poincaré, Ministro de Asuntos Extranjeros de Francia.

²⁵ AD-MAE, "Mexique. Travaux Publiques. Mines", IV, Periódico "Le Matin", 28 de diciembre de 1912.

²⁶ *Ibid.*, 31 diciembre de 1912.

²⁷ AD-MAE, "Mexique. Travaux Publiques. Mines", IV, Correspondencia diplomática, México, carta del 16 de diciembre de 1912, Representación de Francia en México al Vice-Presidente, ns 36.

²⁸ AD-MAE, "Mexique, Finances Publiques", Correspondencia diplomática, ns 28, Carta del 9 de junio de 1914, México, Légation de France au Mexique a MAE; B-30-2; pp. 8-9.

²⁹ En 1915, las importaciones en México procedentes de Francia alcanzaron la ínfima cifra de 1.5 millones de francos, cantidad que representa apenas 1 por ciento de las importaciones generales de México en esa fecha, las más bajas de toda la década, y un decrecimiento descomunal de casi 97 por ciento respecto a los registros de 1912. Datos proporcionados por el *Tableau General du Commerce et de la Navigation*, República Francesa, tomo I (Résumé analytique, "Exportations-importations", AHMEF).

³⁰ Los datos de 1910 fueron proporcionados por el documento "titres cotés a Paris", tableau núm. 1; los de 1914, por el *Boletín Financiero y Minero de México*, 5 de enero de 1914.

³¹ PARIBAS, "Placements français au Mexique", 30 de abril de 1914, s/clasificar.

³² AD-MAE, "Mexique. Travaux Publiques. Mines V", Correspondencia, carta del 3 de octubre de 1916, París, Cía. El Boleo a MAE; B/31/2, pp. 144-148.

³³ PARIBAS, Banque Nationale du Mexique, Rapport du Conseil d'Administration, 16 de mayo de 1916.

³⁴ "Le Mexique revolutionnaire...", p. 64.

³⁵ Pierre Py, *Francia y la Revolución mexicana, 1910-1920 o la desaparición de una potencia mediana*, México, CEMCA/FCE, 1991, pp. 66, 70 y 71.

³⁶ AD-MAE, "Mexique. Finances Publiques IV", Correspondencia diplomática, 10. de octubre de 1914, México.

³⁷ PARIBAS, Correspondencia Simon, carta del 11 de marzo de 1915, carton 92 a 95.

³⁸ PARIBAS, Carton 92 a 95. Correspondencia Simon, Carta del 11 de marzo de 1915, Carta de J. Simon al jefe de Servicio, 27 de septiembre de 1915.

³⁹ AD-MAE, Mexique. Travaux Publiques. Mines, ns 37, Correspondencia, Carta del 10. de Julio de 1917, Cía. El Boleo a Administración El Boleo, París, p. B/13/12, p. 255.

⁴⁰ AD-MAE, "Mexique. Finances Publiques, IV, juin 1914-1918, ns 28, Carta del 10. de octubre de 1914, Légation de France au Mexique a MAE.

⁴¹ Archivos Nacionales de Francia, CARAN (en adelante ANF), F12, "L'attaché Commercial prés la Légation de France au Mexique a M. le Ministre du Commerce et de l'industrie a Paris", 25 de octubre de 1924).

⁴² "Le Mexique revolutionnaire...", pp. 135-136.

⁴³ *Ibid.*, p. 105.

⁴⁴ AD-MAE, "Consulat de France au Mexico", MAE, Direction d'Affaires Commerciales, Sous-Direction d'Amérique, Affaires commerciales, Pièces diverses, Rapports, 21 de febrero de 1918.



Grabado delineado por Antonio Velásquez para la edición matritense de las obras completas de Palafox de 1762. En ellos, seis figuras alegóricas femeninas y una masculina rodean el retrato oval del obispo.